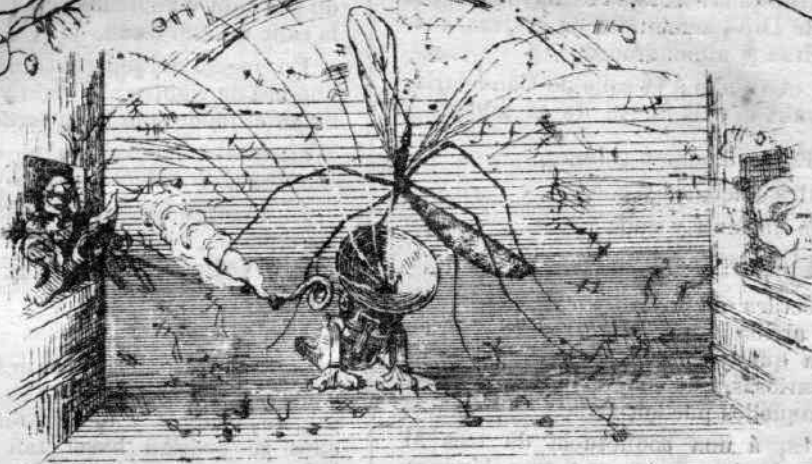


El Eco



BELLAS ARTES, LITERATURA, ANUNCIOS.

Edición dominical

Valor del número 20 c^s

EDITORES PROPIETARIOS

G. J. ARAMBURU

H. FERNANDEZ.

Caracas, Marzo 12

DOMINGO RAMON HERNANDEZ.

Nació este esclarecido poeta, el más popular de los nativos, en la ciudad de Caracas, el 4 de Agosto de 1829. Fueron sus padres Don Ignacio Evaristo Hernández y Doña María Matías Curvelo. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de la Paz, que regentaba Don José Ignacio Paz Castillo. Comenzó á darse á conocer por el año de 1847, y desde entonces sus versos, siempre numerosos, espontáneos y naturalmente sentidos, ó á las veces sarcásticos y amenazadores, como la expresión profunda de un alma combatida de acerbos dolores y desengaños crueles, que se contemplan aislada en medio al torbellino de la tierra, luchando empero á brazo partido con el destino: sus versos, repetimos, han corrido desde entonces de boca en boca, no ya solo por todo el contorno venezolano, sino también por toda la América latina y la misma Madre Patria, granjeándose donde quiera el amor de las almas generosas, por aquella melancólica dulzura, y aquel timbre de arpa americana, y aquella música deliciosa, al par que grave, que caracteriza y distingue entre nosotros su índole poética. Los versos de este bardo parece que tienen alas, pues apenas ven la luz pública, cuando se les oye decorar por todas partes y arrancar más de un suspiro de corazones inensables, largo tiempo sumidos en la indiferencia. Amigo de la gloria, él ha cantado las hazañas ilustres de nuestros mayores, con tonos propios de la epopeya; ha pintado costumbres nacionales en el magnífico canto de "El Llanero"; su voz emula la majestad de los Salmos en su oda "A Jehová." Cuando llora la pérdida de un hijo pequeñuelo, "sus versos saben á lágrimas" y nos hace recordar á Ossian jimiendo inconsolable sobre la tumba de Oscar. ¡Quién no sabe de memoria aquellas estrofas inimitables con que pinta Hernández las vanidades de la vida en sus "Alas de mariposa," verdadera dolorosa llena de amargura, que no desdenaría la mas de Camoens? Y aquel "Sauce" de



DOMINGO RAMON HERNÁNDEZ

tribado, imájen lastimosa de las venturas pasadas; y aquella "Flor de Muerto," fúnebre y tristísima como una caja de ultratumba; y aquel romance al "Rio Caquirimare," en que el bardo consagra sus endechas al objeto adorado, cuyo solo recuerdo mueve los más delicados acordes de su lira; y tantas otras bellísimas y ya populares composiciones, todas reveladoras de un vigoroso nimen poético y de un espíritu noble, serisolado en los días amargos de la vida, y que, como aquel ruiseñor de Rioja, más precia su pobre nido adornado de paja y leves plumas, que halagar con canto de lisonja el oído de los poderosos.

Al presente se ocupa Hernández en recopilar sus numerosos versos, diseminados en los periódicos de varias épocas, para darlos á la estampa. Entónces, y deseáramos que fuese lo más pronto, podremos apreciar con mayor propiedad el tesoro que encierra su poesía; y, si los coetáneos no han tenido para Hernández coronas, es seguro que la posteridad, juez imparcial y desinteresado, encumbrará su renombre, y Venezuela sublimará su lira, como joya de oro preciosísima, en el museo escogido de sus glorias.

Los bellos versos son como la miel de los panales bíblicos, como las rosas de la alborada, que regalan al ambiente la frescura de sus aromas, como los lirios de la tarde, que esmaltan la orilla de los arroyos, como las estrellas del cielo, que magnifican el esplendor de la noche. Por eso los poetas como Hernández, todavía más estimables cuanto más modestos, poseen para su lira el halago de las sirenas, y vierten la música de sus labios como los ecos vagarosos de una melodía que suena eternamente más allá de la tierra; y por eso su gloria crece cuando ellos desaparecen, cuando ya no se les mira sino se les oye, porque desde la tumba parece que vibran más sublimes los cantos del poeta.

Que prosiga Hernández por largos años en la vía formando la delicia de sus conciudadanos y atesorando virtudes, para que merezca los más preciados laureos de la posteridad.

Tercer Zumbido.

Pues como iba diciendo, convertido en *espiritu* (no de vino) y un poco más tranquilo respecto de mi seguridad zaucudil, dime á continuar mi interrumpida escursión carnavalesca por esas calles de Dios, sembradas de grajeas, confites, almendras y almendrones.

Enderecé el rumbo á la calle de Candelaria, donde se libraba lo más fuerte de la gresca.

Entre damas y galanes,
Entre ancianos y pollitos,
Con un furor y unos gritos
De turcos y musulmanes:

Los proyectiles me llovían por detrás y por delante, por arriba y por abajo; pero eso no obstaba para que yo viese, *ojo videtur*, cosas por demas curiosas, que sólo en días tales y en casos como aquellos pueden verse.

Ví, señores, á una coquetuela de tres al cuarto, hacer de las suyas con tres jóvenes imberbes, que la pretenden, no sé con qué fines, pues aquellos caballeritos me parece que no tienen ni principios.

En las narices de Pánfilo le dió á Teótimo un crespito, el cual no me pareció del color de sus cabellos; en las barbas de Teótimo le entregó á Pánfilo una sortija, que según supe despues, era de Teótimo; á boca de jarro de este y de Pánfilo, dió un pañuelo á Cándido, que á juzgar por la cifra, pertenecía á Pánfilo.

Y qué sucedió de esto, hermanos míos!

Que á poco andar, y gracias á mi intervención mefistofélica, se descubrió el pastel.

“Y hubo mermas y hubo creces,
Gritos, contusos y heridos;
Y hubo, por fin, grandes ruidos,
Siendo tan pocas las nueces.”

Pero eso no fuera nada, creyentes, sino que al hacer cargos á la coquetuela una amiga suya, por su conducta atrabiliaria y demagógica, le contestó con Breton, y con un desenfado digno de mejor causa:

Los hombres son mala yerba,
El más fiel no está seguro;
Por eso siempre procuro
Tener tropa de reserva.

¡O tempora ó mores! Y estas cosas pasan en tiempos en que no hai moros!

Pero aparte disertaciones filosóficas, déjenme ustedes decirles lo que con no poco trabajo y acuciosas observaciones vi por la parroquia de Santa Rosalía, despues que abandoné la consabida calle de la coqueta consabida.

Vi allá por santa Rosalía,
Como dice álguien aquí,
A un galan como un ají
Cortejando á una Natalia.

Esta lo llamaba feo,
Y éste la decia hermosa;
Y de esta jerga enfadosa
Cansado, me fui y.... *laus Deo*.

Sí, señores, me fui, porque nunca he gustado de necios, ni de tontos, ni de fatnos, y zumbando por aquí y zumbando por allá, fui á parar á la calle de San Juan.

En medio del jeneral tumulto se paseaba un hombre de vientre abultado y pecho de paloma, no en el fondo sino en la forma.

Marchaba sin rumbo ni concierto pronunciando palabras incoherentes y confusas.

El hombre me llamó la atención y le seguí las aguas.

Iba vestido con un flux color de mamei pinton.

Quién era? Oigámoslo.

—¡Qué desórden! qué despilfarro! qué escándalo, Dios eterno! Gastar los reales en grajeas, confites y demas niñerías, cuando con ellos se podrian hacer tan buenos negocios, hoi que tanto escasea el dinero, entre los pobres, sobre todo... ¡Cuántas casas no podría yo fabricar con lo que hoi desperdician esos locos, y cuán subidos alquileres no saltaría yo de esas casas! No hai duda, esa jente ha perdido el seso, y me voi á encerrar en mi mansion, donde gozaré más con el trino de mis canarios, que con ese espectáculo que me entristece y desgarrá el corazón! Pobres reales! pobres reales! quién los cojera!

Has conocido, lector, el tipo? Sí? Pues déjame ahora decirte, que de San Juan volé á la parroquia de Altagracia, y allí miré á una vieja, con más arrugas que un fuelle y más achaques que un hospital, emperojilada como niña de quince, y danzando con un pepillo de cuello abierto, que lo más que cuenta son diez y seis años. Al ver este enlace de la primavera con el invierno, alcé el vuelo y fui á dar á Santa Teresa, donde despues de admirar la fachada de aquel magnífico templo, escuté:

Cansado ya de volar,
Hasta aquí me trajo el rio,
Señores, que el vuelo mio
Algún día ha de acabar:

Punto; la coma queda para el próximo número, si Dios me da vida y zumbido:

EPIGRAMA.

Blas á Domingo reñía
Porque nunca trabajaba,
Y en tanto que él se enfadaba
El buen Domingo decia:
—¿Ponerme yo á trabajar?
¡Hombre, eso fuera pecar!
Qué! ¿No sabes tú, Blas Pingos,
Que Dios hizo los domingos
Solo para descansar?

V. A.

EL ZANCUDO

"DON SIMON"

VALS

A mi amigo Manuel M. Fernández

por Antonio Jesus Silva.

Musical score for the waltz "DON SIMON". It consists of four systems of piano accompaniment, each with a treble and bass clef staff. The first system includes the instruction "PIANO *dol.*". The second system includes "*dol.*". The third system includes "*f*". The fourth system includes "*f*". The music is in 3/4 time and features a variety of rhythmic patterns, including eighth and sixteenth notes, and rests.

LA PONZOÑA

POLKA

A mi amigo el Gral José Joaquín Herrera

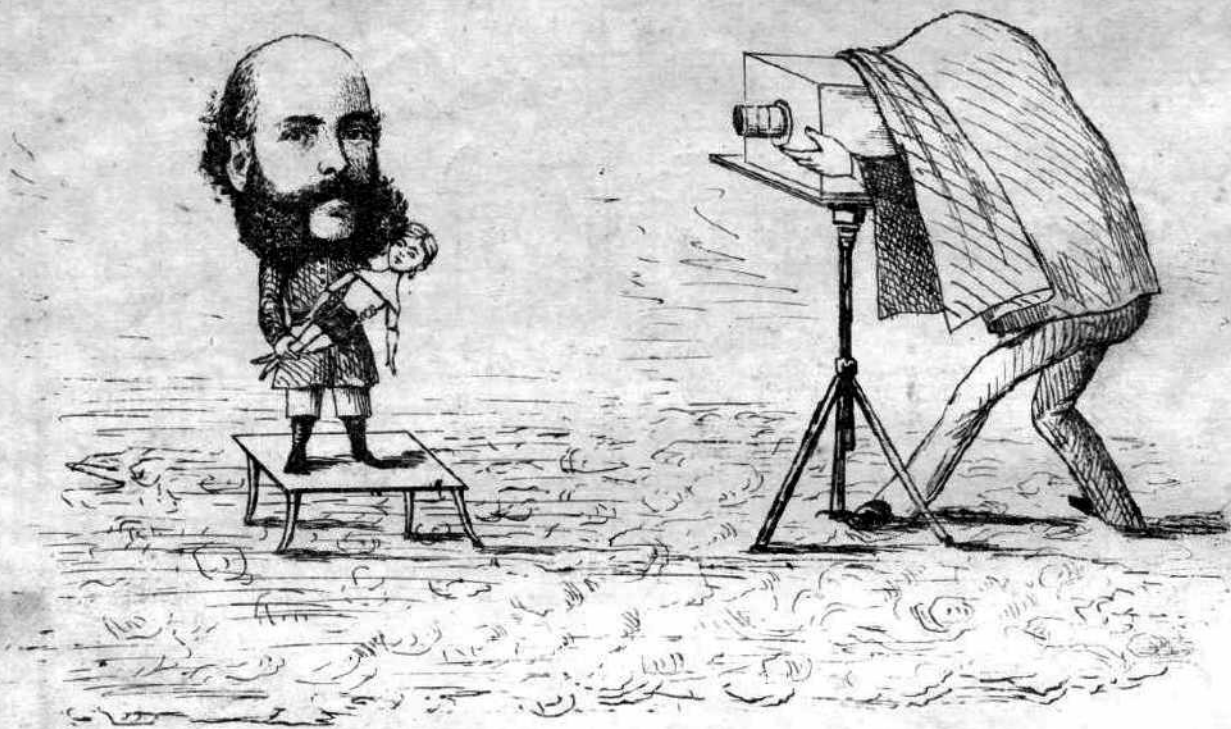
por José Damian Avilán

Musical score for the polka "LA PONZOÑA". It consists of four systems of piano accompaniment, each with a treble and bass clef staff. The music is in 2/4 time and features a variety of rhythmic patterns, including eighth and sixteenth notes, and rests. The score includes a repeat sign and a triplet in the first system.

EL ZANCUDO

FOTOGRAFIA DE PROSPERO REY.

UNA ORACION POR PASIVA.



REY + REY - REY = REY.

Par diez! que no hai diferencia
De lo visto á lo tapado,
Pues es aqui el retratista
El mismo que es retratado.